

3. El origen de la tragedia ordinaria

La pérdida de control

El desorden es la pérdida de control sobre la realidad, entendiendo a la realidad como una imagen en un punto de vista. Lo que es igual a postular que, estrictamente, el desorden es la pérdida de control de alguien sobre sí mismo.

El orden puede definirse de dos maneras, y en consecuencia, el desorden también. Es curioso que una brevísima indagación arroje como resultado natural que ambas definiciones puedan reducirse a una sola y sin embargo, nuestra razón parecería empeñada en negarlo.

La primera forma de entender el orden es pensándolo como una disposición de partes que juzgamos correcta de acuerdo a un fin que suponemos o que es evidente. Es la funcionalidad. Esta definición concebiría al orden como una persecución de finalidad, o sea, teleológica. Por otra parte, aunque en el fondo sean exactamente la misma cosa, cabría buscar en la cognición y sus misterios a la segunda manera de entender el orden. Lo vemos como una disposición que nos permite predecir el desenvolvimiento del universo. Ese universo puede significar tanto una pequeña porción de realidad como el universo en su totalidad, conteniéndolo todo, siéndolo todo.

El orden es control. No importa por el camino que elijamos ir.

Esta segunda definición plantea el problema de la imagen dentro del sujeto, en su teoría de fondo, funcionando como un mapa de una realidad de la que no poseemos sino mapas. Sólo mapas, he dicho. Debemos darnos cuenta de que ese orden está en nosotros y que tiene una finalidad muy clara que es comprender e interactuar de modo eficiente con la realidad. Todo ocurre dentro y solo dentro de nuestras subjetividades, que tienen como garantía de realidad una vinculación intersubjetiva de la que siempre podemos (y deberíamos) desconfiar.

Por lo tanto, al observar el universo vemos el orden cuando comprendemos que alguna forma de entidad ordenadora, intencionalmente o no, ha puesto las cosas en su lugar. Y el lugar de las cosas juzgado por una finalidad alcanzada posibilita el paso a un estado superior basado en la disposición otorgada a la materia. Los órganos de un ser vivo están allí para que viva; y además viven porque el ser vivo vive. Son como un coro en el que un solo integrante desafinado hace perder el concurso a todos. La vida es necesariamente consecuencia del orden. No de un orden sino de muchos funcionando coordinadamente.

Cuando ocupamos el lugar de ente ordenador lo hacemos ya sea por razones estéticas, morales o por necesidad. Esta última, la necesidad, es la fuerza más horrible y cruel de la que un ser humano pueda

tener noticia. La necesidad transforma en animal al hombre. Es todo lo contrario al estado de ideal equilibrio, limpio y elevado, al que somos afortunados de poder aspirar.

Necesitamos adaptarnos rápido y bien a cualquier avatar de la realidad y por eso tenemos que ordenarla para predecirla. Este impulso hacia una postura de vaticinio estratégico podría otorgarnos grandes ventajas frente al asedio constante de la necesidad.

Por lo tanto, también se trata de la creación de una disposición de partes orientada a un fin cada vez que intentamos conocer para predecir. Y ese fin es adaptarnos y reaccionar ante las eventualidades a las que sabemos que estamos expuestos. Tenemos miedo.

Nótese que he dejado a un lado al orden estético y al orden moral intencionalmente porque son más sencillos que el orden por necesidad. Ambos obedecen a sendos conjuntos de valores mutables y perecederos.

El orden, entonces, es control. Superando las capas y capas de estulticia que los difusores de cultura pasatista (frívola, intrascendente, vulgar) han colocado en nuestros espíritus, encontramos que existe una profunda filiación entre ordenar y controlar; al disponer las partes diseñamos, proyectamos. Y eso mismo hacemos con la imagen de la realidad (*imago mundi*) que elaboramos en nuestra razón.

Nos mueve un orden que llevamos con nosotros a todas partes y que buscamos imponer ciegamente a la realidad, siempre entendiendo que el motor de esa necesidad de orden es, valga la circularidad, la diosa Ananké. ¿De qué modo, por qué, entendemos que debemos formar un hogar, por ejemplo? ¿Qué razones nos impelen a matar nuestra libertad? Somos seres incompletos y vulnerables, débiles. No al ataque de un animal feroz. No al destructivo arbitrio del viento y la lluvia. Difícilmente usted o yo estemos en esa situación, admítalo. Puede haber gente que sí, pero usted sabe que probablemente tendrá un techo sobre su cabeza y un plato de comida mañana. Nos cerca la sola posibilidad de la soledad, la inactividad, la falta de éxito. Y todo esto, ilusoriamente, quisiéramos evitarlo ordenando nuestra vida orientándola al fin de evitar quedarnos solos, inactivos y derrotados. De todos los males que podemos vislumbrar en un futuro indeseado, la soledad es el peor. Y lo es porque sabemos que, igual que al comienzo de la vida, al final, posiblemente, no podamos valernos por nuestra cuenta. La vida nos dice: si tienes suerte y no mueres, llegarás a ser un anciano dependiente, digno de lástima.

La soledad es peor que la pobreza, puesto que hasta alguien que sea muy pobre puede recibir ayuda de otro que lo quiera. Pero no necesariamente alguien adinerado podrá tener alguien que lo quiera en sus últimos años. Podrá comprar compañía, pero siempre será una relación comercial, interesada: prostitución.

Entonces, comenzamos a orientar el orden de nuestras vidas hacia finalidades tales como conseguir un trabajo, pareja, casa, y todas las necesidades conexas que veremos pronto conspirar, vinculándose íntimamente, ignorándonos. Los compromisos arrecian porque, creemos tontamente, perpetúan las relaciones. Los compromisos nos encarcelan pero también son fuente de seguridad. Una seguridad ilusoria que al menos nos otorga el derecho a fantasear con que las cosas tendrían que ir terriblemente mal para que alguien tire a la basura un proyecto de vida plagado de compromisos. Y el compromiso más profundo –o que al menos debería serlo– es el hijo.

La necesidad de orden está presente además en la importancia que le atribuimos a la teoría. La teoría es sólo generalización para el anticipo; es decir, vaticinio estratégico. Cuando nos aferramos a una teoría, que es un orden superpuesto al mapa de la realidad de que disponemos y que es la realidad para nosotros, y la cargamos con lo mejor de nuestro fanatismo emocional, demostramos con claridad que somos débiles. Esto no sólo ocurre en el ámbito de la psicología o la sociología sino que la superposición insistente, tenaz, ciega de una manera de leer la realidad inevitablemente definirá a toda mentalidad mediocre. Buenos y malos se distribuyen en el mundo y nos regalan nortes para vidas que de otro modo carecerían de propósito.

Pero ¿cómo saber? ¿Cómo podríamos darnos cuenta de que nuestras motivaciones son una forma del fanatismo y el producto de nuestra flaqueza espiritual? Un buen síntoma a identificar es el de la aceptación acrítica de cualquier cosa que se nos proponga. Se me figura un comensal con los ojos vendados que se lleva a la boca cualquier materia que se le pone en el plato. Y peor, la analogía toca el fondo de la infamia y la bajeza; el comensal ríe y dice que le gusta, ya sea por ordinario (y es sincero), ya sea por cínico (y nos miente).

Por más que lo intento no logro discernir cuál de los dos me genera más repulsión.

Todos queremos ordenar. De hecho, este texto es un intento de ordenar. Poner en escritura es una manera muy bella y eficaz de hacerlo. Nos obliga a estructurar nuestro pensamiento, a pasar de las sensaciones al lenguaje y a volverlo comunicable. Por supuesto, dentro de los límites que el propio lenguaje nos impone. Por eso, no es infrecuente que, para evadirse del orden inicial que ya constituyen las posibilidades idiomáticas, debamos apelar a torcerlo y a ampliarlo con neologismos o usos impropios.

Releyendo lo escrito hasta aquí me ha quedado la desagradable sensación, que ahora asocio también con la comunicabilidad de las ideas y la posibilidad inherente de una falla intencional o no, de que alguien podría haber entendido que ataco a la familia tradicional como si me quisiera adherir a la tendencia dominante. Esa clase de cosas me resulta tan trivial que se encuentra muy lejos de mis intereses.

Lo diré sin rodeos ni literatura: el origen de la tragedia ordinaria humana es su conciencia de la caducidad individual y la pérdida de control sobre su existencia, de las que se desprenden el terror a la soledad y la necesidad de crear seguridades. El origen de esa tragedia es la debilidad, la incompletitud, la ansiedad por alcanzar y mantener unas condiciones de existencia que hemos aprendido a aceptar irreflexivamente como felicidad.

He dicho que es ordinaria, y lo es porque comúnmente carecemos del valor o la elegancia de apelar al silencio y hacer nuestro propio camino sin necesitar de los demás. Preferimos, claro está, hundirnos en el mar de vulgaridad, en la inercia pegajosa de las costumbres, de los rituales, de las apariencias. Nos reímos y pedimos más de esa papilla que hemos colocado en nuestros platos sin saber qué era.

El corazón de la bestia

Perseguiré hasta su guarida a la tragedia ordinaria para hallar el punto mismo en el que nace. Comenzaré con una confesión: la acción refleja es para mí un misterio. Cómo nuestro cuerpo, por ejemplo, genera un movimiento de la pierna cuando se golpea en un punto de la rodilla; cómo la garganta se revuelve involuntariamente si un objeto toca determinada zona; como los vellos del brazo se levantan cuando un hielo recorre nuestro abdomen. El reflejo es algo que hacemos pero sin voluntad de hacerlo; algo que hace nuestro cuerpo sin nosotros. Sin nosotros, que somos nuestro cuerpo. O sea, algo que hacemos nosotros sin nosotros. Nos dejamos de lado y lo hacemos. Y lo hacemos en nosotros.

En algunas personas hay una evidente acción refleja que de no ser tan patética sería hasta irrisoria: se someten instantáneamente a la belleza. La voluntad queda anulada por la necesidad de acercarse y de poseer esa belleza. Es, antes que nada, una mera reacción instintiva. Ni siquiera se trata, como alguien podría pensar, de un impulso instintivo a la reproducción. Estas personas no quieren reproducirse, no piensan en hacer un hijo. A decir verdad sólo tienen en mente la posibilidad del goce de la belleza. Y no crea que es necesariamente una belleza a admirar, sino más bien de una belleza degustable, palpable, consumible. Es la necesidad expresándose, sobre todo en ese impulso irracional de la posesión momentánea y el demostrar que se tienen los medios para *degustar* otro cuerpo. Por supuesto que, salvo extrañas excepciones, no es el deseo de comerse literalmente a otra persona. Aunque no hace falta un derroche de imaginación para suponer que, llevado al extremo, el impulso necesariamente acabaría en el canibalismo.

Esta necesidad es efímera. El deseo inmediato es un perfume que pronto se disipa y de él no queda sino un recuerdo difuso. Por eso, entender como fundamento de una relación entre dos personas al impulso por comerse al otro, metafóricamente hablando, es mala idea. También lo sería si fuera literal. Una vez comido, ya no tendríamos a quien amar. Ni a quien comer.

Tal vez no sea fácil imaginarlo para quien no lo ha vivido.

Por otra parte tenemos a los estrategas, que se sitúan en las antípodas de los caníbales metafóricos. Los estrategas miran a los caníbales y sonríen. «Muerdan», dicen, «muerdan la carnada que nosotros estamos del otro lado de la caña». Así, lo que realmente caracteriza a los estrategas es una fantasía asimilada a un nivel muy profundo en sus personalidades; la fantasía de que vivirán para siempre. Fantasía, además, reforzada por la idea de que la vida, toda la vida, se trataría de una especie de juego de ingenio; un ajedrez en el que uno juega no ya contra la muerte, como en aquella vieja película, sino contra la vida misma para sacarle la mayor cantidad de provecho.

Los estrategas, que no solamente son estrategas para buscar una pareja (que convengamos que ha de ser antes que nada un buen socio y estar sana mental y físicamente para poder capear los obstáculos que encontrarán en su proyecto) sino que son estrategas para estudiar una carrera, elegir un trabajo, comprar un auto, seleccionar los amigos, hallar descuentos... los estrategas están obsesionados por comercializar su tiempo. Me refiero a que para ellos solamente vale la pena desarrollar actividades que les habrán de proporcionar beneficios de índole económico. El tiempo de ocio debe ser reducido a su mínima expresión e inclusive en esos momentos estarán pensando la manera, la estrategia, de hallar algún tipo de beneficio con los movimientos a dar.

Por supuesto que jamás alcanzarán la felicidad. Y no lo harán porque siempre será insuficiente cualquier cosa que logren. Todos sus esfuerzos, y ellos también lo saben aunque no lo admitirían jamás, se deben a una incompletitud fundamental. Estarán atentos a las fallas de sus *parteners* en esta carrera de obstáculos que es la vida, donde jamás podrán hallar paz y tampoco permitirán a nadie que «se estanque» y cometa el supremo pecado de sentirse pleno y tranquilo con lo que tiene.

Quiero hacer una pausa y hablar de algo que parecería no tener que ver con lo que vengo diciendo, pero que a un nivel muy profundo explica este problema dándole un giro que me resulta interesante.

Se dice con suficiencia comúnmente que una persona que decide poner fin a su vida es cobarde. También se suele escuchar que hay que tener mucho valor para tomar una decisión como esa. Las personas se decantan entre estas dos opiniones contrapuestas. Por supuesto, con matices que se vinculan con el grado de sanción que pudieran llegar a tener al expresar sinceramente su pensamiento. Hay mucha gente que realmente no dirá lo que cree al respecto por miedo a equivocarse. Me produce risa que haya quien piense que puede equivocarse respecto a una opinión personal que es una valoración. Simplemente no hay posibilidades de error. Lo que hay es la posibilidad de no poder fundamentar la respuesta o de hacer que alguien se enoje.

Con respecto al problema, soy de la idea de que hay que tener mucho valor para enfrentar la vida, pero también pienso que muchos lo hacen por cobardía respecto a la muerte; tanto en relación al momento de morir como a lo que podría haber después de morir. Obligado, cualquiera.

Entonces, las personas que juegan a la estrategia con la vida dirán que son valientes puesto que no se conforman con lo que tienen, quieren mejorar, quieren evolucionar, llegar a ser alguien, ganar el respeto y la admiración de los demás. Exclamarán que son valientes, pero a decir verdad son inseguras y menesterosas, miserables. Por otro lado, quienes no aspiran a mejorar en su existencia material corren el riesgo de estar muertas sin saberlo. Claro que esta muerte es una muerte vista desde afuera, ya que ellos pueden sentirse muy a gusto criando algas en sus articulaciones, tirados en su sillón.

Si uno piensa en esa manera de obrar estratégica ante todo entenderá por qué para muchas personas la jubilación es poco menos que una sentencia de muerte. Seguirán trabajando porque es lo único que los hace sentirse útiles. No trabajar es morir.

Tanto la naturaleza de los caníbales metafóricos, que es caducidad inmediata, desengaño y frustración seguros, como la de los estrategas, que es idéntica a la mentalidad de un pobre galgo corriendo tras la liebre mecánica, llevarán a la infelicidad. La valentía del estratega es solamente una manera de embellecer el vacío imposible de llenar que los acompaña a todas partes.

Aún debo señalar algo más. Algo especialmente doloroso, lo admito. Se trata de la romantización de los vínculos humanos; una clase de ceguera bastante extendida que «sazona» las relaciones y nos vuelve absolutamente vulnerables a la manipulación. Es que el romanticismo como una posición ante la vida no es otra cosa que entregarse en cuerpo y alma al absoluto. El absoluto es el mar, el cielo estrellado, las fuerzas imponentes de la naturaleza, pero también es la muerte, el dolor perpetuo por una pérdida y el amor; pero un amor que trasciende todo arbitrio racional; nos posee y nos maneja a su gusto; un amor que no es otra cosa que Dios o el Destino castigando nuestras arrogancias como si cualquier cosa que intentásemos fueran sólo pequeñas e inestables torres de Babel.

Así, tanto a aquellos que sólo les importe la carne como a aquellos que sólo les importe el proyecto, les serviremos quienes romanticemos los vínculos puesto que perderemos fatalmente el control sobre nuestras propias acciones. Esa romantización, señoras y señores, no es otra cosa que otro origen para la tragedia ordinaria.

¿Pero cómo? ¿De qué manera puede ocurrirnos algo como eso? Se me dirá. La romantización se encuentra en todas partes; en la literatura, en la música, en la televisión... desde dentro, no hay razón

más justa para vivir que entregarse al infinito; ni la carne ni el proyecto son tan valiosos como el infinito que nos promete un amor real.

No es mi intención complicar las cosas, pero eso del «amor real» es todo un problema en sí mismo porque algunos dan un significado al adjetivo exactamente opuesto al que le dan otros. «Real», modificando a «amor» nos pregunta taimadamente quiénes somos; los estrategas, con los pies muy en la tierra y las nubes del cielo bien lejos de sus cabezas, dirán que «amor real» es aquel que se preocupa de lo cotidiano, que entiende que las personas somos imperfectas y que es, antes que nada, paciencia, sacrificio de los intereses personales. Los otros, con la cabeza bien en las nubes y resbalando constantemente en el barro de las miserias de los manipuladores, dirán que «amor real» es algo que no tiene que ver con lo cotidiano ni con la paciencia, ni con el sacrificio doméstico, sino con morir por otra persona en caso de que un ángel maldito bajara del cielo y que, empuñando una espada, dijera: «o ella, o tú».

¿Por qué «tragedia»? ¿Por qué «ordinaria»?

En la antigüedad hubo un subgénero del género dramático llamado «tragedia». Y la tragedia nos mostraba la caída en desgracia de un personaje sobresaliente, eximio; era el héroe trágico. También cantaban a la excelencia los poemas homéricos y las epopeyas de todos los tiempos y lugares. Tal vez desde la literatura del Siglo de oro y la novela picaresca el héroe ha sido un imbécil.

Es trágico lo inevitable y ferozmente desgraciado. Es ordinario aquello que nos ocurre porque no tenemos fuerza de voluntad suficiente para imponernos a la realidad. Así, cuando seguimos los caminos ya andados por miles y millones de pasos, cuando caemos una y otra vez en esos esquemas tan comunes y lamentables que nos ofrece una realidad trillada hasta el vómito, somos ordinarios, vulgares, comunes. Es la misma ordinariez de quejarnos de la humedad en una parada de ómnibus, o del aumento del precio del morrón. Es una posición tan lamentable ante la vida que no dudaría en tacharla de falta de respeto a uno mismo.

El pastiche ya no me resulta gracioso. No me resulta gracioso tampoco lo patético ni la parodia. Hemos llegado a un punto en el que debemos plantearnos dar un salto e imaginarnos en un estado superior de existencia en el que ya no nos faltemos más el respeto a nosotros mismos. Es difícil, lo sé, pero pregúntese en el día a día hasta qué punto está usted siendo un ordinario.

Creo, sinceramente, que una manera de no caer en la ordinariez es la de romper el vínculo con la comercialización constante del tiempo disponible y la insufrible multiplicación de proyectos. La vida un día dirá que se terminó y se terminó. No somos inmortales. Deberíamos sentarnos tranquilos, mirar a

nuestro alrededor e intentar sentir que hemos logrado muchas cosas, si es que son las cosas las que nos importan. La felicidad está en todas partes, es sólo que no estamos interesados realmente en ella.

Deberíamos comenzar por ver. En primer término, que no nos movemos entre maniqués de carne. No podemos *consumir* al otro. El otro tiene sus propios problemas y necesidades. Si es la necesidad de degustación de los placeres sensoriales lo que ordena nuestra vida y es lo que nos controla, nuestra existencia será igual a la de esos juegos de parques de atracciones, donde subidos a un auto eléctrico chocamos y nos chocan constantemente. Y por otra parte, si lo que ordena nuestra vida y nos controla es el proyecto, andaremos ciegos entre proyectos olvidando que somos seres humanos; buscaremos socios, tendremos futuros cuidadores en nuestros hijos, compraremos cosas para después dejarles. Y eso será todo.

No quiero terminar este artículo con un juicio moral. No tengo ninguna autoridad para juzgar a nadie en relación a qué hace o no hace con su vida. Pero es doloroso para mí ver cuánta gente enferma hay en el mundo, con ese agujero horrible en el pecho que por las noches las obliga a tomar somníferos; y durante el día a necesitar que las sostenga una, dos, tres, cuatro tazas de café.

Personas golpeadas, funcionando como máquinas; averiadas y repitiéndose, chirriando. Buscando un alivio en el Yoga o en el alcohol; fumando marihuana a escondidas en los baños del trabajo. Gente orgullosa de comprar un teléfono caro a sus hijos; sus hijos que los desprecian, que los destratan frente a los demás. Gente vacía que se inventa una vida espiritual plagada de conocimientos pseudocientíficos, de una ignorancia escandalosa, hablando de constelaciones parentales y de la necesidad de leer libros de metafísica, de ángeles y de estoicismo para principiantes.

En medio de toda esta basura que flota en un mar de orines, un náufrago se abraza a la única palmera de su isla diminuta, mira hacia arriba y ve un coco. Entonces dice: «soy feliz».